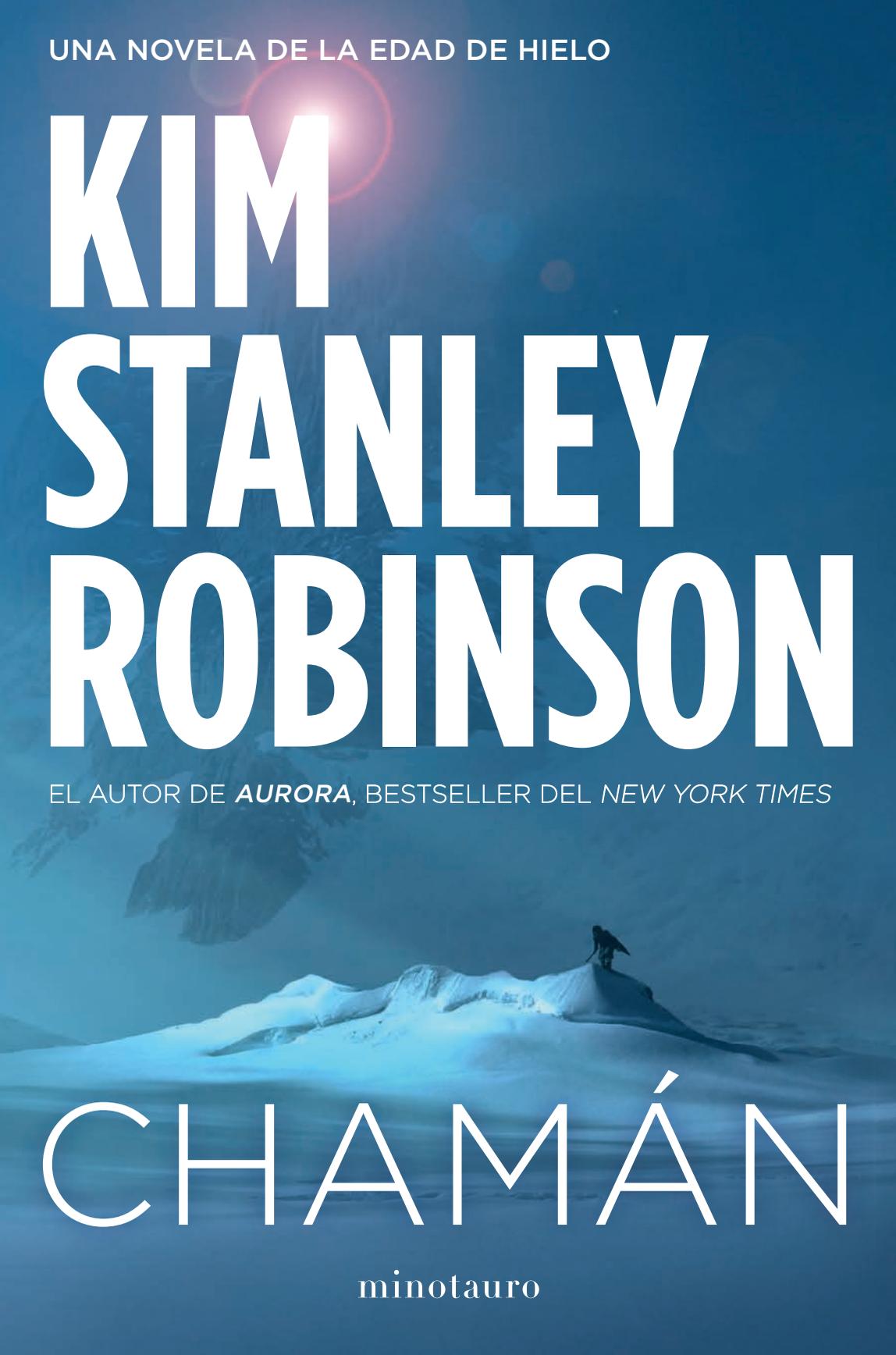


UNA NOVELA DE LA EDAD DE HIELO

KIM STANLEY ROBINSON

EL AUTOR DE *AURORA*, BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*



CHAMÁN

minotauro

KIM STANLEY ROBINSON

Chamán

minotauro

Título original: *Shaman*

Primera edición: marzo de 2017

© Traducción de Manuel Mata, 2017

© Kim Stanley Robinson, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0423-4

Depósito legal: B. 2.923-2017

Fotocomposición: Pleka

Impresión: Black Print

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

El viaje de Colimbo	7
Los lobos en casa	75
Elga	143
La hambruna	187
Bajo el hielo	251
Cazados	319
Donde se encuentran los mundos	379
Chamán	441
Agradecimientos	477

Teníamos un mal chamán.

Eso es lo que decía Espino siempre que hacía algo malo. Después de una protesta por cualquier cosa, levantaba sus largas y canas trenzas para mostrar las protuberancias rojizas que tenía alrededor de los agujeros de las orejas. De niño, su chamán le había atravesado la carne con unas agujas de hueso y luego las había retorcido para que se acordara de las cosas. Cuando Espino quería conseguir el mismo resultado, le daba a Colimbo un fuerte tirón de orejas y luego apuntaba con el dedo su propia cabeza, con una mirada ladeada que venía a decir «¿crees que lo tuyo es malo?».

En aquel momento tenía a Colimbo agarrado del brazo y lo arrastraba por la vereda en dirección a Roca de Pika, el mirador entre los valles Superior e Inferior. Era ya tarde y unas nubes bajas que rozaban las cimas más altas y el páramo cubrían el cielo, sobre sus cabezas, como una techumbre grisácea del mundo. Más abajo, una pequeña hilera de hombres, en el sendero de montaña, seguía a Espino en sus tareas de chamán. Había llegado la hora del viaje de Colimbo.

—¿Por qué esta noche? —preguntó éste—. Se acerca una tormenta, ya lo ves.

—Teníamos un mal chamán.

Así que allí estaban. Todos los hombres dieron un abrazo a Colimbo y le sonrieron con tristeza mientras sacudían la cabeza. Iba a pasar una noche miserable, decían sus miradas. Espino esperó a que terminaran y entonces, con voz cascada, dio comienzo a la canción de despedida:

*Así es como empezamos siempre
es hora de que renazca un hombre
entrégate a la Madre Tierra
ella te ayudará si se lo pides.*

—Si se lo pides con amabilidad —añadió mientras le daba una palmada en el hombro.

Entonces hubo carcajadas en abundancia y los hombres, con miradas sardónicas o alentadoras, lo despojaron de toda la ropa, el cinto y el calzado, y se lo entregaron todo a Espino, quien le dirigió una mirada feroz, como si se dispusiera a pegarle. Y, en efecto, una vez que Colimbo estuvo totalmente desnudo y carente de posesiones, Espino lo golpeó, pero sólo fue una rápida palmada de revés en el pecho.

—Ve. Aléjate. Nos veremos en la luna llena.

Si el cielo hubiera estado despejado, habrían visto el primer gajo de la luna nueva suspendido del cielo, al oeste. Trece días para vagar, pues, despojado de todo al principio, como sucedía siempre en el primer viaje de un chamán. Y precisamente cuando se acercaba una tormenta. Y durante el cuarto mes, con nieve aún en la tierra.

Colimbo se mantuvo impassible y se volvió hacia el horizonte, al oeste. Suplicar un aplazamiento de un mes sería muy poco digno, además de infructuoso. Así que miró más allá de Espino con expresión pétrea y comenzó a analizar la ruta de descenso hasta el cauce seco del valle Inferior, jalonado por árboles nudosos. El hecho de ir descalzo era determinante, porque la ruta de descenso habitual desde Roca de Pika era muy pedregosa, posiblemente lo suficiente para obligarlo a elegir otra. La primera decisión de muchas que tendría que tomar.

—Amigo Cuervo, allí, tras el cielo —entonó en voz alta—, ¡guíame sin trucos!

—Buena suerte con el Cuervo —dijo Espino.

Colimbo pertenecía al clan del Cuervo y Espino no, así que no le hizo caso y dirigió la mirada hacia el cauce, tratando de ver algo. Espino volvió a darle una palmada mientras conducía a los demás pendiente abajo. Colimbo se quedó solo bajo el cielo. Era hora de empezar el viaje.

Sin embargo, no estaba claro por dónde bajar. Durante un instante,

fue como si pudiera quedarse allí paralizado, sin comenzar nunca el camino de su vida.

Así que me alcé en él y le di un empujoncito desde dentro.

Soy el tercer viento.

Comenzó a bajar entre las rocas. Volvió la mirada una vez para enseñarle los dientes a Espino, pero ya se habían perdido de vista. De modo que se lo sacó de la cabeza mientras descendía. Bajo sus pies, la pedregosa arenisca estaba salpicada de nieve fina, amontonada en pequeños montículos y sobre las rocas, formando patrones que lo ayudaban a saber dónde pisar. A descender con la agilidad de un gato, de roca en roca, con las manos listas para sujetar y auxiliarlo en la tarea de descender a saltitos. Se le helaron los dedos de los pies y decidió abandonarlos a su fría suerte, centrado en mantener calientes las manos. Las necesitaría allá abajo, entre los árboles. Comenzó a caer una fina nevada. La ladera estaba cubierta por grandes trechos de nieve, más indulgente con sus pies que las rocas.

Apretó el torso para insuflar su calor a los miembros y la piel, y, con un gruñido, esperó a que subiese su temperatura, haciendo que la nieve se fundiera allí donde la tocaba. A veces, el único calor posible surgía de la premura.

Descendió hasta el barranco rocoso que albergaba el lecho del valle Inferior y el pequeño arroyo, y lo cruzó. Al otro lado pudo seguir corriendo por el suelo del bosque, todo mullido debido a la lluvia y la nieve fundida. Allí optó por eludir los trechos de nieve. Primer día del cuarto mes: no sería fácil encender un fuego, pero la noche sería mil veces más confortable si conseguía hacerlo.

El extremo superior del valle Inferior era un empinado cañón en forma de útero. Allí un bosquecillo de abetos y alisos rodeaba un manantial donde nacía el arroyo. Esperaba encontrar abrigo frente al viento y ramas para cubrirse, y bajo los árboles no habría tanta nieve. Subió con rapidez, con cuidado de no lastimarse los insensibilizados dedos de los pies.

Ya en el bosquecillo, alrededor del manantial, arrancó varias ramas de abeto. Estaban demasiado verdes, pero incluso así, las agujas lo ayudarían a conservar el calor corporal. Entrelazó dos ramas e introdujo la cabeza por un agujero situado en el centro de aquella capa improvisada.

A continuación, arrancó un trozo de raíz de pino muerta para usarla

como base de su fogata. Cerca del arroyo encontró una buena roca que podía emplear como instrumento y la usó para cortar una rama recta de un alerce muerto como atizador. Sus dedos conservaban la flexibilidad justa para agarrar la roca. Por lo demás, no sentía más frío que otras veces, salvo en los pies, que fingían no encontrarse allí. Las negras mantas de agujas de abeto que tapizaban el suelo bajo los árboles estaban en su mayor parte libres de nieve. Se agachó debajo de uno de los más grandes, introdujo los dedos de los pies en la manta de agujas y los meneó todo lo que pudo. Cuando empezó a sentir un leve ardor los sacó y fue a buscar bosta. Hasta la mejor madera necesita un poco de bosta para arder.

Metió las manos en unos troncos muertos de alerce, en busca de bosta u hojarasca. Encontró algo de hojarasca que no estaba demasiado mojada y luego partió varios puñados de ramitas muertas, que encontró debajo de otras más grandes. Las ramitas estaban húmedas por fuera pero secas por dentro: arderían. Había algunas más grandes que también se podían romper. El soto contaba con madera suficiente para alimentar una fogata una vez encendida. Era cuestión de encontrar bosta u hojarasca seca. Ni los abetos ni los alerces la hacían buena, así que o tenía un golpe de suerte o encontraba algo de madera carcomida por las termitas. Se puso de rodillas y empezó a buscar debajo de los árboles caídos más grandes, evitando la nieve, a dar la vuelta a las ramas más grandes y hurgar en la tierra. Se ensució hasta los codos, pero al menos eso lo ayudaría a mantener el calor corporal.

Cosa que podía tener su importancia, porque no estaba encontrando hojarasca ni bosta por ninguna parte. Estrujó un trozo de madera totalmente podrida para sacarle el agua, pero la masa marrón que se le quedó en las manos parecía moho muerto o gordolobo, y seguía húmeda. La dura punta del atizador nunca podría prender semejante mierda.

—Por favor —dijo a la arboleda. Suplicó perdón por haber maldecido al acercarse a ella—. Dame un poco de hojarasca, diosa, por favor.

Nada. Hacía demasiado frío para seguir de rodillas sobre el suelo húmedo, escarbando en los troncos caídos. Para calentarse se puso en pie y comenzó a bailar. Este esfuerzo le permitiría calentarse las manos y era importante que no se le quedaran insensibles, como los pies. ¡Pero un fuego habría sido mucho mejor! ¡Tenía que encontrar algo que pudiera prender bajo el calor de la punta del atizador!

Nada. Su cinturón contenía en su pliegue numerosas bolsas de piel

de ganso con pedernales de chispa, moho seco, atizadores y base. De haber estado vestido y equipado con estas cosas, habría podido sobrevivir sin la menor dificultad tanto aquella noche como los días siguientes. Razón por la que lo habían mandado así: el sentido del viaje era demostrar que podías, no sólo sobrevivir, sino también prosperar, a pesar de haber comenzado sin nada. La noche de la luna llena debía regresar como un señor.

Pero para eso, antes tenía que sobrevivir a aquella noche. Comenzó a bailar con más ahínco, extendiendo los brazos y trazando grandes círculos con las manos. Al cabo de un rato comenzó a sentir un ardor por todas partes menos en los pies. Pero también empezaba a cansarse. Trató de encontrar un equilibrio entre el frío y el esfuerzo, y comenzó a caminar en pequeños círculos al mismo tiempo que inspeccionaba el suelo del bosque en busca de acumulaciones de hojarasca seca o bosta. ¡Nada!

En todo bosque hay algo de madera que puede arder.

Era uno de los dichos que solía repetir Brezal, aunque raras veces cuando hablaba sobre el fuego. Colimbo lo repitió en voz alta, de manera enfática, suplicante.

—¡En todo bosque hay algo de madera que puede arder!

Pero aquella noche no estaba convencido. Y eso lo hacía enfurecer. ¡Cava!

Se acercó a la parte inferior de un tronco que se había partido sobre otro al caer, mucho tiempo atrás. Eran como dos montículos de tierra cruzados, casi: no era imposible. Pero estaban empapados. Y helados.

Al constatarlo, dio un puñetazo a los troncos, húmedos y blandos. Luego tuvo que seguir caminando en círculos.

Más tarde, en el interior de otro tronco, encontró sólo un nudo que aún estaba duro, con dos espuelas en un ángulo muy similar al necesario para hacer un propulsor. Sustituyó la primera base de su fogata con aquel nudo plano, que era mejor. El atizador de alerce seguía teniendo buen aspecto. Todo estaba listo. Únicamente le hacía falta algo lo bastante seco para prender.

Y que dejase de llover con tanta fuerza. Caía una lluvia tan fría que parecía casi neviza, y encima con viento racheado. Cuando soplabla con fuerza era como si te azotasen con arena fría. Tenía que encontrar algún refugio, así que se arrastró debajo de un abeto de ramas grandes, pegado al suelo, donde podía hacerse un ovillo alrededor del tronco y sentir

sólo unas gotitas y el cosquilleo del viento de vez en cuando. Se pinchaba con las agujas de abeto y el suelo estaba helado, pero movió los hombros arriba y abajo mientras cantaba una canción para calentarse y juraba venganza contra Espino. ¡Hablando de malos chamanes!

Pero todos los muchachos tienen que hacerse hombres de un modo u otro. Sus viajes deben ser pruebas de habilidad y resistencia. Los de los cazadores eran igual de malos. Y se decía que los chamanes de otras manadas eran aún más estrictos.

Volvió a desterrar a Espino de sus pensamientos. Inspeccionó todas las ramas que había bajo el abeto. Si podía arrancar una que estuviera muerta, muerta y bien seca pero aún con un poco de resina, seguramente podría golpearla con una roca puntiaguda hasta formar una masa de astillas lo bastante finas para prender bajo el giro del atizador. Merecía la pena intentarlo, aparte de que el propio esfuerzo lo mantendría caliente.

Pero resultó que no había ninguna rama en la parte inferior del árbol que pudiera partir.

Al cesar la lluvia salió de su escondite y empezó a buscar debajo de otros abetos en busca de una rama como la que necesitaba. Tenía las manos tan frías que a duras penas lograban agarrar las ramas para probarlas.

Al cabo de un rato había conseguido varias que parecían prometedoras. Con que lograra prender una sola de ellas, las demás bastarían para alimentar el fuego.

Encontró una piedra muy apropiada para el hogar y otra aún mejor para servirle de raedera. Cogió la mejor de las ramas de abeto secas, la colocó sobre el hogar y la golpeó con la raedera. La madera resistió. Era evidente que le llevaría un rato, pero parecía que iba por el buen camino. Sus manos estaban tan torpes que debía tener más cuidado del habitual para no pillarse un dedo. Una vez, dos años antes, se había golpeado la yema de un dedo y aún la tenía hinchada y un poco insensible en la punta, y la uña sembrada de surcos. Llamaba a este dedo «Gordito». Así que golpeó con la raedera el lado de la rama, pero con mucho cuidado. En una o dos ocasiones impactó contra la piedra del hogar en su lugar, y al ver las chispas que saltaban pensó lo útiles que le habrían sido sus piedras de pedernal. En una noche como aquella no bastaba con unas cuantas chispas. El viento húmedo siseaba y se carcajeaba de él entre los árboles.

Finalmente logró reducir una sección del costado de su rama a una masa de astillas perfectamente secas. Se sentó en cuclillas sobre ella, con el cuerpo arqueado. Sí, parecía que podía llegar a arder. Con la respiración entrecortada y el cuerpo entero caliente, a excepción de los pies, se introdujo a rastras bajo el mejor de los abetos de la arboleda y distribuyó a su alrededor los diferentes elementos: la rama rota sobre la base del hogar, sujeta entre sus pies; el atizador casi en vertical sobre la masa de astillas de la rama, inclinado entre las palmas de sus manos. Todo estaba listo: comenzó a dar vueltas al atizador.

Vueltas, vueltas y más vueltas, mientras ejercía una leve presión con la punta sobre la rama. Vueltas y vueltas, vueltas y vueltas. Sus manos bajaban por el palo debido a la presión y al llegar a la base volvía a cogerlo con una de ellas, apoyaba la otra en la parte superior, subía, la agarraba y vuelta a empezar, con la mínima pausa posible. Mientras tanto, en el exterior de aquel refugio de abeto seguía lloviendo, y debajo de él, a pesar de que estaba pegado al tronco, se colaba la humedad. Lo cierto es que comenzaba a parecer tarea imposible, dadas las circunstancias. Pero no quería reconocerlo. La temperatura bajaría de golpe cuando lo hiciese.

Al cabo de un largo rato, puede que un puño o más, tuvo que abandonar. Al menos con aquella rama. Las astillas estaban demasiado apelmazadas y después de un tiempo, también un poco húmedas. Había conseguido que la parte que estaba en contacto con la punta se calentara tanto que quemaba al tacto y las astillas que rodeaban la zona hasta se habían ennegrecido un poco, pero nunca prenderían.

Se quedó allí. No iba a ser fácil explicárselo a Espino, suponiendo que viviera para contarlo. El viejo brujo le daría un buen tirón de orejas, seguro. Tenía que ser capaz de encender un fuego, en cualquier momento y lugar. Cuanto peores fueran las condiciones, más importante era. Espino, al igual que la mayoría de los chamanes de la corroboración, era un maestro con el fuego y había pasado mucho tiempo con Colimbo y los demás niños para enseñarles sus trucos. Les había colocado un palo sobre el antebrazo y había empezado a darle vueltas para que vieran cómo se hacía. Finalmente, Colimbo había aprendido a encender el fuego por muy difícil que se lo pusiera el anciano. Pero siempre había contado con un poco de bosta seca, como mínimo.

Salió de debajo del abeto y se incorporó, entre lágrimas de frustra-

ción. Bailó hasta que el frío abandonó su cuerpo junto con una fina película de sudor. Cuando la lluvia le dio una pequeña tregua, su cuerpo despedía vapor. Estaba hambriento, pero no tenía nada que llevarse a la boca. Mejor sería que masticase un guijarro y tratase de pensar otras cosas. Que masticase un guijarro y bailase bajo la lluvia. Con frío y sin él, aquél era su viaje. Al llegar la luz del día, buscaría un refugio mejor, algo de bosta seca, una cueva o un agujero más pequeño. Comenzaría a aprovisionarse para su regreso, en la luna llena. ¡Entraría en el campamento totalmente vestido, con la panza llena y lanza en mano! ¡Vestido con pieles de león! ¡Con un collar de dientes de oso alrededor del cuello! Lo vio todo con los ojos cerrados. Se lo contó a la noche con un grito.

Al cabo de un rato volvió a resguardarse bajo el abeto de antes, con la cabeza sobre las rodillas y las piernas rodeadas por los brazos. Luego salió de nuevo y registró la arboleda en busca de un escondrijo mejor. Probaba todos los que encontraba y cuando eran buenos los incorporaba a una pequeña lista de campamentos, cada uno con sus propias ventajas y desventajas. Cantaba largo rato y de vez en cuando maldecía a Espino. Que se te caiga el pito, que se te coma un león... Luego, también de vez en cuando, decía cosas a voz en grito: «¡Hace frío!». A veces, Espino también gritaba lo que pensaba, usando palabras antiguas de la lengua de los chamanes, palabras que sonaban como las propias cosas: *¡Esh var kalt! ¡Esh var k-k-k-kaaaal-TEE!*

Se le clavó una astilla en uno de los dedos gordos del pie y sólo lo sintió al tocar el hueso. Hasta tal punto estaba entumecida la carne. Más maldiciones. Que los cuervos te caguen encima, que se te mueran los niños... Se tumbó en el suelo, bajo un gran abeto, sin tocar el suelo más que con las rodillas, los dedos de las manos y los pies y la frente. Subió y bajó apoyándose en los brazos, con el cuerpo rígido. Si pudiera follarse la tierra para calentarla... Pero estaba demasiado fría y no podía hacer que su pobre pito se irguiese. Estaba tan insensible como los dedos de los pies y le dolería una barbaridad cuando volviera a calentarse, con un picor y una quemazón que le arrancararía lágrimas. Puede que si pensaba en la chica de la manada del León, una Cuervo como él y por tanto supuestamente vedada... Pero aun así habían intercambiado miradas y pensar en entrar en ella le haría sentir calor. Y si no, en Salvia, de su propia manada.

Se recreó en este hilo de pensamiento durante algún tiempo: con los

ojos cerrados la vio así, separando las piernas para él; ay, estar dentro de su oseznó y olvidarse de aquella lluvia helada. Su oseznó, su baginaren, su zorrillo. Encendería un pequeño fuego detrás del ombligo de Colimbo y haría que floreciese su punta. Pero hacía demasiado frío. Sólo podía amasar un poco la pobre carne y calentarla con la esperanza de que no se congelase. Porque eso sería horrible.

Al cabo de un tiempo la lluvia remitió. El gris oscuro del cielo se volvió un poco menos oscuro. No había luna ni estrellas para saber cuánto faltaba para el amanecer. Pero no parecía mucho. Tenía que ser así. Había sido una noche muy, muy larga.

Se levantó y balanceó el cuerpo. Sí, el cielo estaba más claro. Comenzó a entonar una canción de calor, una canción dedicada al sol. Pidió su llegada, la salida del gran dios de la calidez y el optimismo. Estaba cansado y helado. Pero no tanto como para morir. Llegaría al amanecer, ya podía sentirlo. Aquél era su viaje, así es como nacían los chamanes. Aulló hasta dejarse la garganta en carne viva.

Finalmente llegó el amanecer, húmedo, gris, monótono, frío. Bajo la tormenta no vivían del todo los colores de las cosas, pero aun así podía verlos. Unas nubes bajas llegaban desde el oeste, rozando las cimas de los montes. De su cara interior colgaban como suspendidas unas tetas oscuras. Cayó una manta de lluvia sobre el valle Inferior, más arriba del cauce del río, como una escoba negra que se interpusiera entre las nubes y el bosque. El suelo, salpicado de tramos de nieve, parecía más claro que el cielo.

Entonces, en cuestión de pocos pestañeos, todo se volvió más claro y un punto blanco se encendió entre las nubes, más allá de un risco, al este. El sol, dios maravilloso de la calidez, asomaba al fin la cabeza. Con nubes o sin ellas, el aire se calentaría. Sólo en las tormentas más inclementes había días más fríos que la noche anterior. Y ahora el cielo no parecía tan malo a barlovento. Entre las nubes que pasaban a trompicones sobre las colinas grisáceas había pequeños huecos de brillante color blanco. Pero el viento seguía siendo fuerte y empezó a llover a intervalos.

Fuera más cálido el día que la noche o no, tenía que ponerse en marcha si no quería congelarse. El frío no le daría tregua hasta que no encendiese una fogata. Así que recogió las cosas que había reunido para

ello y, con las dos piezas principales en la mano izquierda y una piedra con el tamaño justo para lanzarla en la derecha, echó a andar siguiendo el curso del arroyo. Buscaba una arboleda más grande, con la proporción justa de abetos, pinos, cedros y alerces. En la mayoría de los valles, cimas y laderas, y también las tierras que había tras ellos y por encima de ellos, no había otra cosa que rocas desnudas y, ahora, nieve vieja. Pero en los valles pegados a los cauces solían crecer árboles, formando líneas verdes e irregulares. Tras un breve trecho, donde el valle Inferior se encontraba con un arroyuelo procedente del este, había una zona llana con una arboleda de mayor tamaño, alrededor de un pradillo ovalado rodeado de laderas por todos lados.

Atravesó la parte más húmeda del prado hasta llegar a la zona más arbolada. Se introdujo entre los árboles, agradecido al refugio que le brindaban. El viento había arceciado y llovía más de lo que se esperaba al salir del soto en el que había pernoctado. En la arboleda la cosa mejoró mucho. Estaba bien resguardado y la luz del día le permitía ver lo que estaba haciendo. En el centro había un cedro roto, con una curva muy grande de corteza interior a la vista, que pudo arrancar para hacerse una toska vestimenta. En un extremo del tronco de otro cedro en descomposición, la presencia de un par de hormigueros coronados por la nieve permitía albergar la esperanza de encontrar hojarasca. Había un agujerito al final del tronco. Lo golpeó con su roca para ensancharlo y luego metió la mano y hurgó: en el interior de la pared del tronco, aún sólida, había un trozo de bosta recubierta de virutas de madera, bastante seca.

—¡Ay, madre! —sollozó—. ¡Gracias!

Sacó un buen puñado de la materia combustible y se lo llevó corriendo detrás de un viejo y nudoso pino.

—¡En todo bosque LO BASTANTE GRANDE hay algo de madera que puede arder! —dijo en voz alta, subrayando a voz en grito la corrección.

Pensaba explicárselo a Brezal en términos más que claros. Sabía que se reiría de él, pero lo haría de todos modos. Era importante hacer bien las cosas, sobre todo si tenías la intención de construir un dicho con ellas.

Dejó la bosta seca en una grieta que tenía un viejo pino en la base y recogió rápidamente un puñado de ramas, además de arrancar otras tantas. Tras dejarlas junto con la bosta, partió diez o veinte ramitas verdes, y las colocó alrededor del pino, por detrás y por encima, para proteger las primeras del viento. Los pinos de matorral como aquél tenían

varios troncos y estaban cubiertos de agujas. Ése, por sí solo, ya era un refugio excelente, y con la protección añadida de las ramas, era prácticamente imposible que el viento y la lluvia llegaran hasta la fogata.

A continuación, colocó la pila de leña cerca de sí, se sentó con la espalda apoyada en el tronco y se encorvó sobre sí mismo para convertir su cuerpo en la última pieza de su estructura de protección contra el viento. Cruzó las piernas y apoyó los pies entumecidos en los costados de la base.

Golpeó la punta de su atizador hasta dejarla un poco más limpia y más afilada, y luego la colocó en la mella que tenía el nudo en la parte inferior, muy cerca de la bosta. Una vez todo listo, comenzó a dar vueltas al atizador con todas sus fuerzas, más y más vueltas, deslizando la mano lentamente a lo largo del palo, sintiendo su presión sobre la base, tratando de mantener la combinación justa de velocidad y presión para generar el máximo calor. El movimiento inspiraba sus propias sensaciones y generaba un baile propio cada vez que las manos, con un pequeño y rápido movimiento, volvían de la base a la parte superior. Una vez que empezó a dominarlo y lo hubo repetido en varias ocasiones con desenvoltura, utilizó los pies para acercar parte de la bosta a la zona ennegrecida, una pequeña depresión en el nudo que era precisamente la causante de que lo hubiera elegido como base; era idéntica a la que habría tenido que practicar con un cuchillo de haber contado con una base plana.

Contuvo el aliento mientras veía cómo se ennegrecía la bosta. Algunos de los puntos que se habían teñido de negro comenzaron a ponerse amarillos y blancos en los bordes. Con delicadeza, Colimbo sopló sobre ellos, contorsionando el cuerpo para acercarles la cara y empujar el blanco hacia la masa de bosta. Dobló la columna vertebral como un meandro del río y sopló con la fuerza justa para alimentar un vientecillo que no lo apagase, que le diese lo que necesitaba, vaciándose por dentro para hacerlo. *Puf, puf, puf, pufffff*, podía hacerlo, sabía cómo hacerlo, *puf, puf, puf, puf, puf, pufffff*...

Y el *puff* se transformó en una llama. ¡Fuego! Era una llama diminuta, pero aun así le hizo sentir una bocanada de calor en la cara. Aspiró hondo y sopló con más ganas que antes, aún con delicadeza pero también con una creciente urgencia, como cuando soplabla en los agujeros de su caramillo para arrancarles un aullido de lobo. Al mismo tiempo, se puso a cuatro patas y utilizó la cara para proteger del viento su pre-

ciosa y frágil llama, y sopló sobre ella de la manera necesaria para hacerla crecer, como si estuviera haciéndole el amor. ¡Cómo deseaba hacer que se sintiera bien, que fuese feliz y creciese! Le entregó su aliento, su espíritu, su amor. Quería que creciese, que saltase como la lechada al salir de una punta, que le quemase en la cara. ¡Y lo hizo!

Al ver que la incipiente llamita sobrevivía, comenzó a acercarle las ramitas más pequeñas y secas de un modo que les permitiese prender sin amenazar la llama que tenían debajo. Era un equilibrio delicado, pero que Colimbo conocía y dominaba a la perfección. No en vano, Espino le había obligado a repetirlo veinteveinteveinte veces. Sí, fuego, fuego, ¡fuego! El fuego se le daba bien a casi todo el mundo, pero Colimbo pensaba que a él se le daba extraordinariamente bien, algo que había teñido de especial dramatismo el fracaso de la noche pasada. Pasaría mucha vergüenza al contarlo. Tendría que insistir en el terrible poder de la tormenta. Claro que, como su grupo había pasado la noche apenas a un valle de allí, tampoco podía exagerar demasiado. Tendría que admitir que, simplemente, había tenido una mala noche.

Pero ya había amanecido y contaba con una fogata encendida, y las primeras ramitas ya estaban alimentándola, así que podía ponerle más, incluidas algunas más grandes. No tardó en haber diez o veinte ramitas encendidas sobre el primer fuego, recubiertas por unas llamas de un amarillo tangible. Llegado un momento, pudo colocar sin miedo un buen puñado de ramas secas sobre el fuego, y todas prendieron casi al instante.

—¡Ja! ¡Ja! —dijo a continuación, antes de meter varias ramas más grandes, primero del grosor de un dedo y luego del de una muñeca.

Contempló con alegría cómo las florecientes llamas ennegrecían los redondeados costados de palos y ramas. El fuego endereza el mundo.

La fogata empezó a humear, mientras el siseo y los chisporroteos de la madera evidenciaban lo mucho que se estaba calentando. El calor golpeó a Colimbo en el pecho, la barriga y el pito desnudo que, al calentarse, como siempre, empezó a provocarle una horrorosa quemazón. Se lo agarró con una mano para contener el dolor y sintió que era un dolor bueno: tan bueno que casi se podía percibir como una forma de severo placer: ah, el viejo conocido del hormigueo de la carne al volver a la vida, la picazón por debajo de la piel, ¡el doloroso cosquilleo de estar vivo! ¡Iba a poder calentarse hasta los pies! Aunque le provocarían un dolor infernal al recobrar la sensibilidad.

Ah, el fuego, fuego glorioso, ¡tan amigable y cálido, tan hermoso!

—Qué bendición, ¡qué buen amigo! Qué bendición, ¡qué buen amigo!

Era una de las cancioncillas de fuego de Brezal.

Las cosas empezaban a pintar muy bien. La noche anterior quedó relegada al lugar que le correspondía como mero tropiezo, como desagradable prelude. Con el fuego encendido, la tormenta, que seguía arreciando sobre él, dejó de importar tanto. Podía mantenerlo así durante la quincena entera, si le parecía conveniente, o podía llevárselo más lejos, si decidía trasladarse, y alimentarlo allí. Así podría centrar sus esfuerzos en procurarse comida, refugio y ropa, y por muy mal que le fuese, siempre le quedaría lo más importante. ¡Y sólo era el primer día de su viaje!

Se sentó a contraviento y rodeó la fogata con las piernas y los brazos. Las manos absorbieron el calor que transportaba el humo. Ah, el hormigueo de la vida que retornaba...

—¡Auuuuu!

Fue un aullido muy distinto al de la noche anterior. Como los lobos o sus tocayos, los colimbos, tenía un vocabulario entero de aullidos. Y aquél era el feliz, el triunfante:

—¡¡¡Auuuuuuu!!!

Cuando terminó de calentarse hasta los dedos de los pies, y ya con varios troncos gruesos ardiendo sobre un amplio lecho de rescoldos grises de corazón rojo, recorrió el perímetro de su pequeña arboleda, antes de inspeccionarla de lado a lado cruzándola en espiral. El cedro agrietado estaba en un extremo del pequeño prado y, en los bajíos del arroyo encontró un bloque de pedernal con un extremo afilado y un borde rugoso, que parecía una especie de buril demasiado grande y poco manejable. Sería una buena raedera. Se la llevó junto al cedro y comenzó a golpear la grieta del tronco con ella. Extrajo la corteza y luego fue pelando la capa interior en alargadas tiras. Algunas de ellas eran más altas que él.

Una vez que terminó de sacar toda la corteza interior del árbol volvió a su refugio, echó unas ramas al fuego y luego se sentó a su gloriosa calidez para hacer hebras con ella. Fue un trabajo lento y meticuloso,

pero también muy satisfactorio, pues al terminar contaba con un buen montón de hebras de tamaño considerable.

A mediodía tenía más de las que creía necesitar. Tras avivar de nuevo el fuego, las extendió en una zona del suelo sin nieve, cerca de allí. Eran cuatro o cinco docenas. Extendió seis de ellas formando una línea y luego las entrelazó con otras tantas, complacido por el sencillo pero efectivo diseño de su trenza. Utilizó las tiras más largas para la parte superior y las más cortas para rodearlas, antes de atarlas entre sí para que el tubo resultante no tuviera ninguna parte débil. Finalmente metió las manos por debajo y levantó el tejido por el centro, y después ató varias hebras cortas más alrededor de la parte trasera, juntando los extremos más separados. Así obtuvo un tubo: una pernera.

Repitió el proceso y ya tuvo dos. Luego hizo un tramo de triple grosor para un cinto del que colgar los tubos. Luego unos colgadores y una sencilla tira en la entrepierna para taparse el pito aterido. Metió las piernas en las perneras, se las ató al cinto y al instante empezó a sentir el calor.

—¡Ja!

Luego una pelliza sin mangas; y un sombrero; y por último, con los restos, una capa corta y rudimentaria. Cuando lloviese, se mojarían y entonces se partirían con facilidad, pero de momento, en aquel refugio, le ofrecerían algo de calor y cuando dejase de llover le brindarían protección. Como es natural, lo que necesitaba para hacerse ropa de verdad eran unas pieles pero eso no sería fácil de conseguir. De momento aquel traje de corteza era lo mejor que podía obtener, y desde luego era mucho mejor que estar desnudo. O, al menos, eso esperaba.

Ahora que ya había entrado en calor, empezaba a sentir la punzada del hambre. Había visto unas matas de moras en el prado, así que, tras meter tres troncos más en el fuego, salió de aquella guisa en su busca.

Aún hacía viento, pero la lluvia había cesado y las nubes estaban abriéndose. Al borde del claro se levantaba un gran arbusto de bayas de ojo de pato, en el que introdujo las manos con cuidado para recoger del suelo algunas de las del año pasado. Estaban achatadas y ennegrecidas, pero algo de sustento le darían.

Entonces se acercó al punto donde el arroyo salía del claro. Como solía pasar, vio que había truchas en el agua, escondidas bajo el último meandro del cauce. No estaba lejos de su arboleda. Más allá de algunos árboles podía vislumbrar la alegría con la que ardía la fogata.

Avanzó corriente abajo hasta encontrar una zona poco profunda. Recogió unas rocas de la orilla y las metió en el agua para formar una pequeña presa. El agua se filtraba entre los huecos con tal facilidad que el nivel no subió un ápice por detrás de la presa, pero impediría el paso de los peces, fueran grandes o pequeños. Luego regresó corriendo al prado.

Se quitó la ropa, se sumergió en el arroyo y echó a andar corriente abajo. Una vez cerca del último meandro, cogió una roca de buen tamaño de la orilla y la arrojó al centro del arroyo, al tiempo que empezaba a gritar y a dar brincos. No vio que ningún pez huyera corriente arriba, así que continuó en la misma dirección sin dejar de gritar. Al llegar al último meandro comprobó que no había ningún pez junto a la orilla, así que presumiblemente habrían escapado corriente abajo.

Se acercó a la presa con una roca en una mano y un palo en la otra. Con éste, golpeó las piedras del agua mientras daba gritos.

La presa apareció ante sus ojos. Por delante, en el agua, atrapadas entre las piedras y él, había tres truchas. Soltó la roca en el arroyo, salió a la orilla y, a toda velocidad, construyó una segunda presa. Cuando estaba terminando tuvo que hacer frente a los intentos de uno de los peces por huir corriente arriba, pero estaba demasiado asustado para pasar por delante de él y los demás ni lo intentaron. Una vez levantada la segunda presa, varios palmos por encima del cauce, los tenía atrapados en una especie de corral para peces.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Gracias!

Volvió corriente arriba para echar un vistazo a su campamento. El fuego seguía ardiendo con fuerza. Salió del agua, volvió a bajar y se metió en el corral. Se acercó lentamente a uno de los peces, el que creía que había tratado de escapar antes, y se colocó en una posición que le permitía bajar ambas manos muy poco a poco hasta tenerlas junto al animal, que intentaba estarse muy quieto. Con un rápido movimiento de las manos hacia arriba, arrojó pez y agua sobre la orilla, donde el animal se estremeció violentamente hasta morir. Colimbo contuvo un grito para no asustar a los demás y se acercó con lentitud a otro, que había buscado refugio bajo la orilla. Bajó las manos muy despacio, volvió a repetir la maniobra y el segundo pez salió despedido junto con el agua y murió debatiéndose fuera del agua.

El último intentó escabullirse y evitó varias de sus intenciones, pero finalmente logró atraparlo y también él murió en la orilla, sacudiéndose

de un lado a otro. Ya tenía tres hermosas truchas, cada una de más de una mano de longitud. Cantó la canción de agradecimiento del pescador, salió del arroyo, volvió a vestirse y se llevó el pescado al fuego.

Tras partir de un tirón varias ramitas de alerce viejas, finalmente obtuvo una punta lo bastante afilada para abrir y destripar los peces. A continuación los ensartó en ramas de pino más largas y los sostuvo sobre el fuego hasta que estuvieron asados y crujientes en los bordes. Estaban riquísimos, incluso sin sazonar, con un sabor muy intenso. Para futuras ocasiones arrancarían yemas de romero y hierbabuena. Mientras comía pensó que habría tenido que abrir la compuerta superior del corral de peces antes de marcharse.

Ya lo haría mañana. Con el estómago lleno y el cuerpo cubierto, sentado al calor del fuego, le entró un sueño repentino.

En otro breve recorrido de la arboleda recogió más ramas de alerce para hacerse un camastro. Las dejó junto al claro y luego, cuando tuvo las ramas tapizadas de suaves agujas amontonadas a su gusto, se acercó a la orilla y recogió tiras de musgo, que dejó junto al fuego para que se secaran. Mientras tanto, recogió más leña para la noche y luego depositó el musgo ya seco sobre las ramas de su cama. Se tumbó sobre la acolchada superficie y se tapó el cuerpo, cubierto por la ropa que se había confeccionado, con ramas de alerce. Avivaría bien el fuego y pasaría una noche muy agradable. Aún estaba atardeciendo, pero se quedó igualmente allí, junto a la leña amontonada, observando el fuego con sensación de felicidad. Sólo era su segunda noche y ya estaba alimentado y vestido... ¡Y tenía una cama junto al fuego! Ésa sí sería una historia digna de contarse.

Allí estaba, calentito y cómodo. La luna, en esa segunda noche, era sensiblemente más grande que la primera. Una quincena pasa muy deprisa, según dicen. El astro no tardó en ocultarse y entonces cayó la noche cerrada, cuajada de estrellas por encima de las pocas nubes que aún restaban. Las caras interiores de los árboles que tenía encima parpadaban al unísono en una danza de fogata. Segundo día del cuarto mes, un húmedo frío en el aire más allá de aquella burbuja de calor. El sueño se apoderó de él.

Alrededor de medianoche lo despertaron los aullidos de un lobo desde una cumbre lejana y echó unas cuantas ramas sobre el lecho de rescoldos, que palpitaron con destellos rojos bajo el revoloteo de la ce-

niza gris. Una bocanada de chispas; vio ennegrecerse una rama, la vio arder un instante, con el repentino estallido de amarillo en el mundo, aquella hipnótica danza transparente, y volvió a quedarse dormido.

Luego soñó que corría garganta arriba, bajo una loma, en busca de tres íbices que había visto al ascender. Se encontró a los animales allí delante, plantados frente a él, en calma, perforando el cielo con los esbeltos cuernos curvos. Danzarrocas: los animales predilectos de su madre. Y entonces, de pronto, ella apareció a su lado. Y también su padre. Estaban observando a los danzarrocas en la época de los caribúes en la estepa, cuando el sordo estruendo de sus cascos sonaba como un trueno lejano. Su madre pertenecía al clan de los Cuervos y su padre al de las Águilas, pero ambos amaban al íbice sin disimulos. Es lo que recordaba Colimbo de aquel momento. Entonces comprendió que la presencia de sus padres era algo insólito y eso lo despertó.

Las estrellas habían dado una vuelta en el firmamento. El amanecer no andaba lejos. Trató de volver a sumergirse en el sueño, pero no lo consiguió; trató de aferrarse a su recuerdo antes de que desapareciera del todo. Todo apareció frente a él de una vez; y entonces lo revivió entero, del momento más insignificante al más intenso; y luego de principio al fin. Algunos sueños quieren que los recuerdes, pero otros no y tienes que perseguirlos. Éste era uno de esos.

Así que su padre y su madre lo habían visitado. Llevaba algún tiempo sin ocurrir. Intentó ver con los ojos qué aspecto tenían, o entender cómo podía saber tan bien quiénes eran en el sueño, a pesar de que se encontraban allí, junto a él, sin decir nada que pudiera recordar con precisión. A veces recordaba las conversaciones que mantenía en los sueños y otras no. Esta vez había sabido lo que sentían sin que tuvieran que decirle nada. Estaban llenos de benevolencia y preocupación por él, y de amor por los danzarrocas. Colimbo sollozó por su ausencia del mundo de los vivos. ¿Cómo sería estar solamente en el de los espíritus? ¿Cómo vivirían allí? ¿Por qué no podrían pasar al otro? ¿Por qué tenían que morir? ¿Por qué morían las criaturas? El misterio de todo ello lo invadió y lo hizo sentir minúsculo, perforado por una vastedad. De no haber sido por la fogata, su desolación habría sido total. Pero con el fuego allí, a su lado, podía contemplar estos asuntos, permitirse el lujo de sentir el dolor que albergaban y su inmensidad.

Justo después de amanecer volvió a nublarse, pero esta vez la capa

de nubes era más fina y no traía lluvia. El viento soplaba a intervalos, rachas que levantaban copos de ceniza de su lecho de rescoldos. El refugio seguía bastante bien protegido, y a pesar de que la parte de su cuerpo que no daba al lado del fuego estaba congelada, sólo tenía que volverse para sentir cómo le templaba la piel. Era el segundo día de su viaje, pero ahora, a pesar de la comodidad, se sentía triste y solo. Suspiró. A fin de cuentas, era su iniciación como chamán. Estaba entrando en un mundo nuevo, un nuevo tipo de existencia. No se trataba de que se limitara a esperar a solas, sin más. Eso era lo que habían ido a decirle sus padres: que tenía que afrontar algo, aprender algo, conseguir algo. Transformarse en otra cosa: un hechicero, un hombre en el mundo. Claro está, sus padres estaban muertos.

Bajó al arroyo a beber y a por más leña, y se llevó un tronco grueso y viejo que lo ayudaría a mantener la fogata encendida, primero sobre el lecho de rescoldos y luego incorporado a él.

Llegó el momento de buscar más comida. Se dirigió al prado en busca de huellas, excrementos u otros indicios, y puede que un lugar para poner una trampa. Las mejores trampas eran las que estaban hechas con tiras de piel. Normalmente, las cuerdas de corteza no eran lo bastante resistentes. De camino, más allá de la salida del prado, quitó la compuerta superior de la presa, comprobó que en el último meandro no había más peces y continuó por el prado evitando la nieve. En las orillas había muchos sitios llenos de huellas, donde acudían a beber los animales, pero se encontraban a campo abierto y allí sería muy complicado ocultar una trampa. Necesitaba un sitio angosto, entre los matorrales, donde con un poco de suerte, un animal asustado que huyera del arroyo pasara corriendo sin prestar atención. Después de un rato lo encontró. Pero el problema seguía estando en los materiales de la trampa. Se acercó a un alerce con su raedera y le cortó una serie de ramillas, flexibles, fuertes y largas, que ató y trenzó por triplicado. Si extendía la tira que había obtenido cerca del suelo podía hacer tropezar un ciervo joven o una cabra. Era lo mejor que podría conseguir aquella mañana, así que, laboriosamente, la colocó entre los dos matorrales. Si hacía caer algún animal pequeño mientras él estuviera allí, tendría tiempo de abalanzarse sobre él. Tendría que tumbarse para es-

perar que sucediera, o de lo contrario el animal escaparía. Volvería al atardecer, pues, con la esperanza de asustar algún ciervo que hubiera acudido a beber.

Una vez que terminó de preparar su tosca trampa, volvió a la fogata a buscar piedras para lanzar. Se contentaría hasta con una liebre de las nieves o un ganso. Cuando tuvo dos buenos pedruscos, recorrió la ladera de solana del valle en busca de más bayas del año pasado. Vio algo de muérdago en un árbol sin hojas y se planteó la posibilidad de trepar a él para coger sus blancas bayas. Podía usarlas para preparar una masa pegajosa que, una vez colgada entre las ramas, podía atrapar pájaros pequeños. Pero aún no había ninguno. Se acercó a un matorral de arándanos y mientras comía algunos aprovechó para acompañarlos con unas pequeñas setas de color blanco que sabía inocuas. Luego volvió corriendo para ver cómo marchaba el fuego.

El fuego marchaba perfectamente y puso otro tronco antes de alejarse de nuevo en dirección contraria. Corriente abajo, el valle Inferior se hacía más profundo, pero no más ancho y la cima del este se abría al sitio donde desembocaba el valle Superior. Era un cañón situado a más altura que se extendía en dirección noreste. Donde la cima volvía a alzarse, más allá de aquel punto, había una roca muy alta llamada el Antílope de Skelk, desde la que se dominaba un corto y ancho desfiladero. Más allá, sobre el arroyo del valle Inferior, que seguía cubierto de nieve en su mayor parte, caía a pico una ladera arbolada y empinada.

Colimbo se encaminó a la confluencia entre el arroyo Inferior y el Superior, donde había un trecho llano de tierra congelada entre pequeños alisos que tal vez contuviese algo interesante. Seguramente, huellas.

Un fuerte ruido entre los árboles de la ladera lo dejó petrificado en el sitio, y seguía totalmente inmóvil cuando un joven gamo salió repentinamente de los árboles, perseguido por dos osos pardos. El gamo tenía una de las patas traseras rotas y descendió brincando sobre las otras tres con mayor lentitud de la habitual. En cambio, el primero de los osos corría a velocidad pasmosa: alcanzó al animal, lo tiró al suelo y se lanzó a por la garganta como un lobo. Colimbo había visto a otros osos comportarse así. Pero es que los osos podían hacer cualquier cosa. En ese sentido eran casi como los humanos, cosa que tenía sentido, porque

para eso lo habían sido en su día. Y aún lo parecían: hombres grandes y peligrosos, cubiertos de pelaje.

Colimbo se quedó quieto mientras el primer oso mordía al ciervo en la garganta y lamía la sangre. La imagen provocó que se le hiciese la boca agua. El ciervo aún se estremecía en los estertores de la muerte. En ese aspecto, los osos no tenían el menor apego a la decencia.

Entonces, el segundo oso atacó al primero por detrás. Colimbo vio que eran dos machos jóvenes y que, más que nada, se peleaban con gruñidos y zarpazos inofensivos. Parecía la continuación de una pelea anterior. No parecían tener ojos para nada más, así que agarró dos piedras y se las lanzó. Los animales, sobresaltados por aquel dolor repentino, se dieron a la fuga en dirección al bosque sin mirar a su alrededor. Y después de un momento, a juzgar por el ruido, volvían a pelearse.

Colimbo corrió como una centella hacia el ciervo, concentrado y tratando de ver en todas direcciones a la vez. No disponía de mucho tiempo hasta que regresaran los osos o apareciese cualquier otra criatura. Ninguna de las piedras que había por allí tenía un borde lo bastante afilado para desollar al ciervo y el primer oso apenas había empezado a comer. Colocó el cuerpo boca arriba, despatarrado y, tras elevar un «gracias», comenzó a golpear los cuartos traseros con una de sus piedras. Al cabo de un momento consiguió partirlos a la altura de la cadera y a continuación separó la pata de la columna y, tras cortar la piel y los ligamentos, destrozó la articulación a golpes con la idea de llevarse la pata consigo si tenía que escapar. Desde luego, el olor de la sangre flotaba ya en el viento, que soplaba hacia la parte alta del cañón.

Seguía golpeando la cadera del ciervo, sin haber conseguido arrancarla aún, cuando un movimiento ladera arriba llamó su atención. Era peor de lo esperado: había tres leonas entre los árboles, acercándose con esa desenvoltura que caracterizaba sus movimientos.

Colimbo se incorporó de un salto y huyó encorvado entre los árboles hasta llegar al otro lado del cañón, en una zona rocosa, donde se tendió boca abajo y trató de recobrar el aliento.

Las leonas se habían detenido junto al ciervo y lo olisqueaban mientras miraban a su alrededor. Sabían que acababa de morir. Colimbo recogió otras dos piedras del suelo. Si conseguía volver junto a la fogata, probablemente podría mantener a raya a las leonas, aunque le sería más difícil si veían que estaba solo y se decidían a atraparlo.